

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 19 de Octubre de 1899

Núm. 465



— ¿A que acierto el pensar de quien me mira?
Un dedo de mi mano ser quisiera
para hacer este hoyuelo en mi megilla.

Sátiras



Fiacro Iraizóz ha escrito una obra *medio-eval*.

Y pongo obra, porque aquello el demonio averigua lo que es: si romance, ó cuento, ó fábula.

Yo diría que la idea de Fiacro ha sido presentar un variado cajón de sastre de la métrica española.

Propongo que se declare de texto «La Luz Verde» en los Institutos.

También hay ripios de todos los tamaños y para los gustos más extravagantes.

Lo que no se puede negar es la agudeza y el donaire con que hila vocablos pícaros y situaciones cómicas.

Un chiste: encerrada cierta gitanilla en la torre prefiere morir antes que perder su honra. El coro de doncellas subraya el comentario al compás de la música: «¡qué cosas tenían las muchachas dos siglos atrás!» ¿Verdad que es ingenioso? ¡pillín! ¡Y cómo conoce usted el flaco de las mujeres á través de las candilejas!

Otro chiste, y siento no recordar la forma: «de di un beso y me arañó; el gato le arañó y le pasó ella la mano por el lomo acariciándole: á quien le acaricia araña, y á quien la araña, acaricia.»

Campoamor y tú.

¿Pues y éste, que habrán visto los lectores dibujado en infinidad de periódicos? La romántica desmayada en un grupo; *el pueblo*: «¡qué descoloridos tiene los labios!» *El hermano*: ¡se le habrá caído el colorete!—Aparte; *el capitán*: —¿Qué es eso que llevas en la cara? ¿Te han herido?— *El sargento*: — ¡maldita vieja!

Para postre. El campanero contando sus amores de la juventud. Duo campanil: «¡Tan, tan... te amo tan... to, y tan, tan... loco me tienes, que tan, tan...»

¡Tán, tarantán, tán!

Nada, que resulta Iraizóz un pagano de los chistes.

Y no va más, porque tampoco resiste más la obra. (Conste que sólo hablo del libro.)

Fiacro fué y cogió la pluma, y se figuró que estaba escribiendo una poesía para el «Madrid Cómico».

Lo peor del caso es que en el público no había espectadores *medio-evaes*.

Y naturalmente, nadie celebrará el ingenio de este poeta de los esdrújulos y de los versos saltarines, hasta que Silvela nos *retrotraiga*, ó sea cuando se logre su famosa regeneración.

A propósito de poesías alegres, inspiradas, jocosas, jacareras, estrambóticas... y tal.

«Detrás va tocando
brillante *charang*

y luego va un hombre llevando la *mang*,

llevando la *mang*
en medio de dos

monagos que cantan el *libera nos*»

¿Eso es una gracia ó qué, señor Pérez Zúñiga? No será una agudeza, pero es un consonante agudo, que pedía su númen con mucha necesidad. ¡Qué inventiva, qué inspiración, qué soltura! Sobre todo soltura: ¡cómo que resultan ustedes á lo mejor poetas sueltos en fuerza de ser fáciles!

Clarín llama á Paso todo un poeta.

¡Después de haberle regateado á Manuel del Palacio 0'50, don Leopoldo!

Por supuesto, que la broma no es en la pluma del ilustre crítico más que hipérbole saladísima. Otro aspecto variado de sus sátiras.

Es terrible Clarín cuando le obligan á escribir programas con padrón y *todo*.

A Julián Romea le filia así: dramaturgo (¡zambomba!) *probado* y siempre gracioso. Como si dijéramos un bufón del arte drámatico. A ese paso, no desconfío de ver absuelto á Carulla.

Y ya saben ustedes, porque lo he dicho más de una vez, cómo respeto y cómo reverencio á Leopoldo Alas.

No es que me insubordine; es que, francamente, se me figura que tiene gracia con el incensario en la mano: lo maneja con mucha naturalidad; haciendo que el humo no pase de los pies para que no oculte entre nubes olímpicas la cabeza del ídolo.

¿Pues y Taboada declarando que prefiere un juguete lírico de Paso á una comedia de Ibsen? Es chistoso, chistosísimo. ¿No saben ustedes ver el chiste? Sí, está en esto: en que pone *el señor de Ibsen* para nombrar al escritor noruego. Otra de sus gracias extremeñas.

Lo que no entiendo es á santo de qué se ufana Taboada por tener ropa de invierno y gabán.

Si consiste en eso el ser célebre, y prueba que quien va vestido vale, conste que yo también tengo lo uno y lo otro, el gabán y la ropa; sí, también me abrigo en la estación fría, no lo olviden mis biógrafos.

Por lo demás, celebro y aplaudo la *resurrección*. Son sugestivas las promesas de Clarín: también á mí me atraen *las letras*, y creo que en la obra (nó emprendida seriamente aún) de la patria, tiene papel principalísimo la literatura. No creo tampoco en esos jóvenes psicólogos de que se duele Taboada, intentando zaherirlos. ¡Pobrecillos! ¡Si no los ha tomado en serio nadie! De los indocumentados ríanse ustedes; son los ilustres buscones de todas las épocas literarias, más pedantes y más hueros que en otras, y aun es bueno advertir que su audacia tomó vuelos con la indulgencia de quien podía haberles impedido volar. Cuando se acercan á mí les hago la señal de la cruz.

Les conozco á la legua; trascienden y no á rosas; sé, no que *no* saben sino que lo ignoran todo, porque el desdeñar el estudio y el hablar pestes de los meritísimos, es en ellos algo que pudiera llamarse elegancia y distinción; pecan de insolentes y audaces y los más fundan todo su arte en decir indecencias, por supuesto, nerviosamente, ó lo que es lo mismo, mal.

Pero de esa *cuña* también hay mucha *madera* en la hornada de ustedes; recurro á los testimonios y sentencias archivados en libros de Clarín, y que este crítico expedía en tiempos felices, cuando cuidaba del fuego sagrado con más fe.

* * *

Y ya que he echado el día á poetas:

Romero Robledo quiere que concurran á la coronación de Campoamor las reinas de las fiestas y los vates que han obtenido flor natural.

Las mujeres sí: el autor de las Doloras merece una corte de reinas, *cuanto más* que esos chicos de los concursos, suelen elegir las guapas. ¡Pero ellos, Dios mío!

La coronación de Campoamor va á resultar, si eso se lograra, una coronación como la de Cristo: con corona de espinas.



CLAK

Lección de baile.

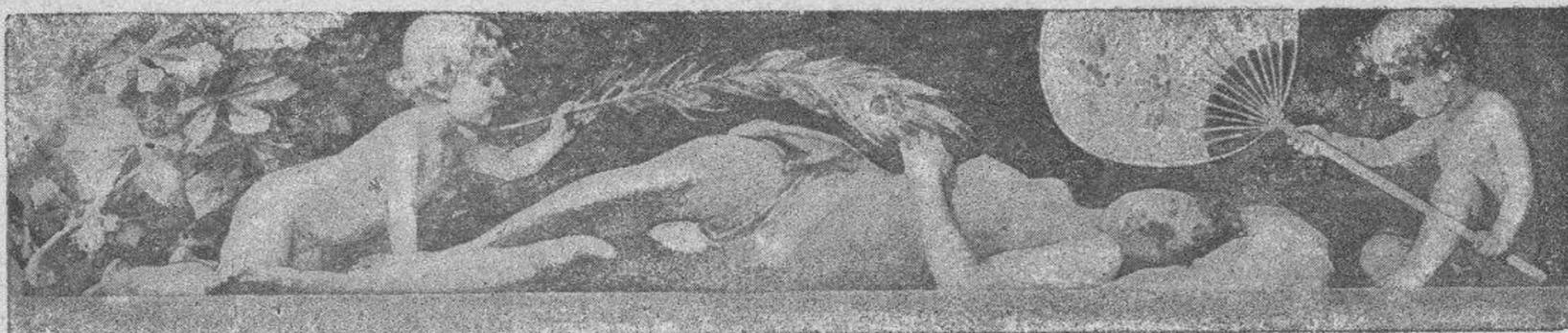
Extravagancia

Con el permiso de ustedes,
voy á *soltarme* en el habla,
relatándoles un sueño
que no sé si tiene gracia,
pero puede ser chistoso
por su rareza extremada.
He visto al doctor Thebusem
bailando unas sevillanas,
al compás de un guitarrillo
con Mesejo de comparsa,
mientras la Pardo Bazán
sofrefa unas patatas
para Royo Villanova
y el Marqués de la Ensenada,
que por orden de Silvela
de la Corte se ausentaban
con encargo de cantar
á Robert *La Traviata*.
En un rincón casi oculto
de mi pobrecita casa,
escribía versos *tristes*

propios de Semana Santa,
un sujeto, en calzoncillos
y zapatillas de lana...
resguardado del relente
con un tremendo paraguas,
regalo según me dijo
del gigante Vital Aza,
un día del mes de Agosto
de la semana pasada,
en tanto que Canalejas
de su suerte se quejaba.
Jacinto Octavio Picón
se fué á la fuente por agua,
y *Guerrita*, el gran torero,
enmudecido chillaba:
«ministro tengo que ser
pues llevo negra la elástica»,
viendo que el Duque de Osuna
escogía unas tenazas,
en una tienda de paños
de la calle de la Pasa.

El general don Juan Prim
con un estoque de caña,
quiso contar hasta *cien*;
pero nunca le dejaban,
el barón de San Marcial
y el gran Duque de Veragua,
El vapor Alfonso XIII
en un charco embarrancaba,
y su digno capitán
se puso á silbar un aria,
para ver si se ponía
á flote el buque en el agua.
López Silva, á cierto chulo
le contó no sé qué gracia
y el otro, como es corriente,
no entendió ni una patata.
.....
No me negarán ustedes
que esto es una extravagancia...

MORENO



La Modelo

IX

¿No me ha besado usted?

La escena que se representó dentro del coche fué horrible, cruel: entablóse la lucha cuerpo á cuerpo, desesperada, como si riñesen monstruos. El desconocido era alto, estrecho de figura, delgado, flaco, duro; tez tostada por el sol, mejillas enjutas, hirsuto de pelo, ojillos lucientes, saltones; brazos luengos, piernas extendidas, que daban al cuerpo, oficiando de aspas, aspecto de molino. Jorge Levia parecía enano junto á él; pero ancho de espaldas, recio de musculatura, nervioso, podia sostener con ventaja el empuje del gigante. La sorpresa, el susto, la rabia, combinándose en sucesivas y súbitas reacciones, determinaron al pronto una flojedad de nervios que, obligándole á abrir la mano, le hicieron soltar el cuchillo, y momentáneamente una crispadura tal, que le dió ánimos y fortaleza para trabar los brazos, como si fueran tentáculos, queriendo entorpecer la acción enemiga. Ni una palabra. Maria Ana dormitaba, inmóvil, sobre los cojines del asiento. La manta, esfumando las líneas y las curvas del busto, sólo dejaba admirar los pies pequeños, calzados con botina de charol, la media negra y el nacimiento de la pantorrilla, y la cabeza rubia, adorable. Oíase el respiro anheloso, el huelgo fatigado de los luchadores, sin que lo apagasen el chirrido de las ruedas, ni los golpes rítmicos de la válvula; era siniestro el livor de la lámpara de aceite que colgaba de la techumbre...

El brazo derecho del atleta pugnaba por ceñirse á la cintura de Jorge; el izquierdo quería agarrotar la garganta; todo el esfuerzo de aquél se encaminaba á suspenderle en el aire para derribarle sobre el suelo; pero el enemigo le oprimía, apretando furiosamente el círculo, contra su pecho. La riña duró dos ó tres minutos. Aprovechándose Levia de su estatura, de la flexibilidad de sus miembros educados en útil gimnasia, realizó una evolución rapidísima: hincó, clavándole con furia, la rodilla en el bajo vientre del intruso; aprovechó el momento en que los brazos tienden á coger el aire como si faltara éste á los pulmones para respirar, y empujando con el pecho, con los brazos, con la cabeza, consiguió aterrar al contrario; tumbóse sobre él, le sujetó, clavóle las uñas en el cuello, al mismo tiempo que recogía el puñal abandonado, y ya iba á herir, cuando le detuvo la voz de la víctima, gritándole:

—¡Piedad! ¡Tengo seis hijos!

Jorge se puso de pie; levantó casi en vilo al salteador, y sin soltar el brazo, y amenazándole con la afilada hoja de acero, le empujó hasta la portezuela:

—¡Salta! — le mandó.

Aun rodaba el tren despacio, como si temiese despeñarse. Acababa la locomotora de vencer la curva descrita entre los montes fragosos; rompió en aquel momento la luna, alta ya en el cénit, la niebla espesísima del sureste, y Jorge se detuvo á contemplar aquel espectáculo indescriptible de la Naturaleza en la quietud y la dulzura de la noche: desde la ventanilla veíase abajo, á los pies, en el fondo del valle, el pueblo, el caserío, agrupado en torno de una torre fantástica; á la izquierda la cordillera sombrosa, oscura, cerrando el horizonte, y á la derecha el plano sin fin, donde comenzaban á dibujarse las umbrias poéticas de naranjos, cuyas flores embalsamaban el ambiente con perfumes de azahar. La máquina saludó aquella conquista de la llanura con un silbo penetrante, agudo; la serpiente se arrastró con furia, imprimiendo vigor y empuje á sus anillos, y Levia, levantando los ojos al cielo, murmuró, desprendiéndose del arma homicida:

—¡Señor! ¡Señor! tú has mandado á un tiempo no matar y vivir.

Cuando Jorge, separándose de la portezuela, que dejó cerrada y con el cristal subido, volvió el rostro, hallóse con que Maria Ana se había incorporado sobre el diván. Temblaba su cuerpo como si lo azotase la ventisca; su tez blanca tenia el color de la cera; sus ojos parecían pasmados. «Nos ha visto» pensó él. Y acercándose, exclamó:



Esperando la hora.

LA SAETA

—No es nada; ya no hay peligro, no tema usted.

María Ana le tendió la mano:

—Gracias — dijo — si no entro aquí, en el departamento de usted... á estas horas... ¡Ay, no me engaña el corazón! ¡Aquella tristeza que se apoderó de mí en Oliva! ¿no se lo dije? Aquel cura tan negro, aquel hombre tan alto... ¿recuerda usted del hombre, verdad?

—Nó, francamente; no recuerdo de aquella escena más que la figura de usted, tan triste, tan apagada, confundida en el maderamen...

—Pues el mismo.

—¿Cómo el mismo? No entiendo.

—Sí, el mismo hombre. Entró en un coche de tercera; no es extraño: sabían que el hermano de mi padre, á quien cerré los ojos, como le he dicho, me había nombrado heredera; sabían, sin duda, que llevo aquí entre mis ropas un caudal... para ellos un caudal... seis mil duros.

—Pero entonces ¿cómo es que le he visto saltar desde la vía?

María Ana se encogió de hombros:

—Es el mismo, añadió, el mismo: lo recuerdo; cuando paseaba por el andén, arrebujaado en su manta, no se le veían más que los ojos... dos pupilas que brillaban en la obscuridad, como las de los gatos.

Jorge pensó: bajaría en el apeadero: un hombre que tiene aquellas piernas tan largas puede adelantarse al tren forzado á ir como las carretas por aquellas sinuosidades y curvas; atajaría el camino...» Y en voz alta:

—Pero tumbese, descanse; acaban de dar las diez; hay noche para rato. Y no recele, que ya no nos pilla aquel bárbaro.

—No podré. Tengo miedo, mucho miedo.

¡Y seguía temblando aquel cuerpecito adorable, primoroso! Jorge se sentó á su lado:

—¡Qué fría está usted! — dijo cogiéndole las manos; y en seguida, maquinalmente, la envolvió en la manta, atrájola á su pecho estrechándola con dulzura sobre su corazón, como si quisiera darle abrigo cariñoso, y la obligó á que reclinara en sus hombros la cabecita.

María Ana no protestó; ¡había tanto mimo, tanta delicadeza en todos aquellos movimientos de Jorge! Además ella no temblaba de frío, nó; temblaba de miedo, un miedo que era pavor invencible, porque no podía apartar de su cerebro la imagen tenebrosa, fatídica de aquel andén sombrío, en que los seres discurrían como si fuesen fantasmas. Levia repitió:

—Duerma usted; cierre los ojos. No piense en cosas tristes. Estando yo aquí, nadie podrá molestarla. Figúrese que yo soy su padre, su hermano, su amigo.

María Ana obedeció sin replicar palabra alguna; sus párpados se entornaron, y en su boca se dibujó una sonrisa dulce, amable encantadora.

Alboreaba el día. Al sur apareció una faja brillante, que fué coloreando el cielo y batió las sombras en los ángulos y en los rincones fuliginosos de la sierra. El tren se deslizaba por altozanos abruptos, por obras ríscosas, entre montes hispídos, de vertientes sucias, plomizas. De pronto, se corrió la cortina, abriéndose ante los ojos un panorama espléndido, incopiable; era la llanura florida, extensa, de horizontes sin fin confundidos con la línea azul. La locomotora festejó alegremente aquella entrada en la luz, en el campo, en la alegría fecunda del suelo. Jorge sintió no sé qué alborozo en el espíritu, y el despertar de la Naturaleza, imprimió nuevas energías á sus músculos, á los glóbulos inquietos, haciéndole estremecer. Los brazos que aprisionaban el cuerpo delicado de la joven se estrecharon inconscientemente. María Ana despertó; miró con recelo cuanto le rodeaba, como si volviese de una pesadilla, y poniéndose de pie, y avanzando hasta la portezuela, gritó con acento bullicioso:

—¡La huerta de Murcia!

En seguida, volviendo el rostro hacia Jorge, con una mueca en los labios que no se sabía si era picaresca ó candorosa, le dijo:

—¿No me ha besado usted?

J. F. LUJAN



El pararrayos

¡Tilín! ¡Tilín!... ¡Tirilirililín!...
La campanilla debió bailar la danza del vientre y las de todas las restantes partes del cuerpo, á juzgar por el estrépito que produjo.

Todavía sonaba cuando Juan entró en mi cuarto, y me dijo:

—Señorito, un caballero pregunta por usted.

—Pues hazle pasar.
Estuve por añadir:
—Y encárgale que otra vez no llame de ese modo tan brutal.

Pero me abstuve de hacerlo, porque Juan hubiera sido capaz de cumplir el encargo.

Pocos momentos después se hallaba en mi presencia Alvarito Gómez, uno de los muchos individuos á quienes conozco, no sé de qué ni desde cuando, que me estrechan la mano afectuosamente, me llaman querido amigo y me hablan como si nos hubiéramos visto el día anterior, aunque hayan pasado meses y aun años sin que nos hayamos tropezado.

—Querido amigo,—dijo Alvarito después del indispensable saludo y el no menos indispensable apretón de manos: —Vengo á pedir á usted un favor.

—Sepamos de qué se trata,—repose yo prudentemente.

—Deseo que me acompañe usted esta noche á la reunión de los señores de Cerrajilla.

—El caso es que yo no los conozco,—objeté, creyendo que mi visitante pretendía ser presentado.

—Yo sí; y le presentaré á usted con mucho gusto.

—En tal caso el favorecido será yo.

—¿Consiente usted?—me dijo con mal disimulado afán.

—No hay inconveniente.

—Entonces hasta la noche. A las diez vendré á buscar á usted en carruaje.

Y Alvarito, después de abrazarme, se marchó dejándome preocupado, pues no comprendía que el invitarme á una reunión constituyera, por mi parte, un favor otorgado y no un favor recibido.

Mi amigo, llamémosle así, fué exacto. A las diez en punto vino á buscarme, y á las diez y cuarto hacíamos nuestra entrada triunfal en casa de Cerrajillas.

Este, cuya fisonomía recordaba esos osos desmedrados que los italianos pasean por las calles como peliagudo pretexto para pedir limosna, me acogió con bastante frialdad; alargóme la mano sin estrechar la mía, á semejanza de las señoritas de pueblo, gruñó unas palabras ininteligibles, respondiendo á mi «servidor de usted»; miróme de arriba abajo, y cuando me alejé de él, acompañado de Alvarito, le oí murmurar:

—¡Otro barbilindo! ¡Júm! ¡Júm! ¡Esto acabará mal!

No pude menos de decir á mi amigo:

—¿Sabe usted que ese hombre no debía llamarse Cerrajillas sinó Cerrojo?

—¿Por qué?

—Porque es más bruto que un ídem.

—No haga usted caso. Ahora viene la compensación.

Y la compensación vino, efectivamente, en forma de consorte de aquel animal.

La esposa de Cerrajillas, una mujer hermosa en toda la extensión



Los' primeros fríos.

LA SAETA

de la palabra, se mostró tan afable como brusco había estado su marido; su mano apretó afectuosamente la que le tendí y el apretón fué acompañado de una mirada tal que... que desde aquel momento quedé prendado de Laura; así se llamaba la Cerrajilla cónyuge.

Durante la reunión, Laura y yo nos cruzamos diferentes veces, y siempre que tal ocurrió, aquella deliciosa mujer fijó en mí sus negros ojos con expresión de ternura.

Siguiendo la costumbre en casos tales, la invité á uno de los bailes y aceptó.

Entablamos conversación, y de buenas á primeras me dijo que era muy desgraciada, que su marido era más celoso que un turco, que tenía un genio de fiera... en fin, se expresó de suerte que iba ya á salir de mis labios una declaración en toda regla, cuando me vi obligado á parar en seco una vuelta de vals y á dedicar toda mi atención á conservar el equilibrio. El señor de Cerrajillas había tenido la amabilidad de coger por un brazo á su mujer y la decía con voz de bajo profundo:

—Ya sabes que el médico te ha prohibido agitarte.

Laura me dirigió una mirada de resignación, y yo, ofreciéndola el brazo, la conduje á su asiento.

Cuando salimos de la reunión, Alvarito me dijo:

—¡Bravo, querido amigo! He estado observando á ustedes y no me cabe duda de que ha hecho V. la conquista de esa hembra... ¡Animo y á ella con decisión!

No necesitaba yo excitaciones. A los dos días me presenté á hacer la visita de rigor, provisto, á todo evento, de una carta en la que declaraba mi atrevido pensamiento.

Después de media docena de frases hechas, Laura se sentó al piano; yo, bajo pretexto de volver la hoja de la pieza que iba á tocar, la acompañé, y aprovechando una ocasión, hice pasar á sus manos mi amorosa epístola, que ella ocultó con sin igual habilidad, dirigiéndome la más hechicera de las sonrisas. —Al día siguiente, por la mañana, la campanilla de mi casa tocaba á rebato.

—Ya está ahí ese animal de Alvarito, —me dije. Y efectivamente... me equivoqué, pues quien se presentó fué el señor de Cerrajillas, que sin saludarme ni quitarse el sombrero, exclamó con voz de trueno:

—¡Hola! ¡Conque usted escribe declaraciones amorosas á las mujeres honradas y se las prende en la falda con alfileres para que se vean precisadas á tomarlas!

—¡Yo!

—Sí: hágase usted de nuevas. Me he levantado, como de costumbre, antes que mi esposa y en la parte de atrás de la falda que ayer llevaba ella, en el sitio más visible y clavado con un alfiler, he hallado este indecente papel.

Y me mostró mi carta.

No cabía duda: Laura me había hecho traición; pero tampoco tenía arreglo la cosa. Cerrajillas se empeñó en batirse, fuimos al llamado campo del honor y le dí un pinchazo en un muslo que le tuvo cinco semanas en cama.

Inútil es decir que no volví á parecer por su casa, ni acordarme de la pérdida que me había puesto en tan rudo trance, como no fuera para renegar de las mujeres coquetas; pero ya no es tan inútil consignar que poco después de los sucesos referidos, Alvarito, con quien me lamentaba de la conducta de la señora de Cerrajillas, me contestó, en un momento de expansión:

—No la culpe usted; todo ha sido obra mía.



Flor de otoño.

Laura y yo nos amamos desde hace tiempo; su marido es, como ya ha podido usted observar, tan bruto como celoso y hay necesidad de distraerle ya que no se puede prescindir de él; es preciso hacer con sus celos lo que se hace con la electricidad de las nubes: no habiendo medio de evitar las descargas, se inventaron los pararrayos que las alejan de los sitios donde causarían irreparable daño. Yo he inventado también los amigos pararrayos: de vez en cuando presento uno que, como usted, se enamora de Laura, y como usted recibe la descarga de la celosa cólera de Cerrajillas. Este no deja nunca de provocar un lance, y como es tan torpe como salvaje, siempre resulta herido: de este modo nosotros, Laura y yo, ganamos por dos conceptos: no nos hacemos sospechosos, y durante el tiempo que Cerrajillas guarda cama, disfrutamos mayor libertad... ¿Verdad que es ingeniosa la combinación?

—Tan ingeniosa,—repliqué—que... si no se marcha usted pronto, le tiro por esa ventana!

Desde entonces no he vuelto á ver á Alvarito.

BLAS QUITO

La conversión de una viuda

(Gabinete lujoso; sobre el velador un timbre. CARMEN, viuda, joven, apetitosa, simpática; está reclinada en una marquesita.)

¡Qué vida, señor, qué vida! no hay cosa tan terrible para una mujer como la viudedad. No se puede salir, sin que le de á una guardia, un viejo, un petrimetre; siempre perseguida por los hombres. Aquí no se puede entrar, porque dirán esto; allí tampoco porque dirán lo otro.

Dios no sabe lo que hizo, con llevarse á mi difunto.

¡Cuán bueno era mi marido! Siempre conmigo en teatros, en cafés, en paseos. Hoy no puedo ir á parte alguna, porque me acosan los mosquitos y los moscardones ¡cómo si fuera yo panal de miel!

¡Maldito género masculino! ¡impertinente prole de Adán!

(Recogiendo una carta que hay sobre el velador.)

¡Una carta! ¿De quién será? (Rasgando el sobre.) No conozco la letra. A ver.

(Leyendo). — «Muy señora mia y distinguida amiga: Estoy impaciente por hablar con usted. siento ansia, verdadera ansia. Se trata de un asunto interesante para los dos, y espero de su amabilidad tenga á bien concederme una entrevista en el restaurant H, con objeto de cenar al mismo tiempo.

Suyo afectisimo,

MARIANO P.....»

¡Dios mío! Una cita. ¿Qué dirá el mundo? ¿Qué se ha figurado ese tonto?

(Levantándose y paseando nerviosa.)

Esto es un atropello inicuo y necesita castigarse.

Pero... (Transición). Pensándolo bien ¿por qué?...

Nada, me decido; por una vez nadie se entera.

(Toca el timbre. Aparece la criada.)

Maria, voy á salir, volveré tarde, cuida la casa. Trae el manto... Nó, el manto nó; me pondré el vestido de medio luto. ¿Aun estás ahí? Aprisa... ¡el sombrero, los guantes, el chal...!

LUIS LACOSTE

Shara Bernhardt.



Epigramas

Vendiendo puños postizos para camisas, don Bruno hacerse rico ha logrado; y al hablar de él, dicen muchos que la posición que ocupa la ha ganado *con sus puños*.

—Ayer, metida en un coche sola te vi, Catalina, por cierto que el conductor,

sin duda, te conocía.

— ¿Por qué lo dices?

— Ya ves, ¡llevaba alzado el «Se alquila»!

Diez pesetas me timó ayer tarde Saturnino, (que es natural de Joló) ¡Con razón decía yo que era un *punto filipino*.

A. SANCHEZ CARRERE

Propusieron, jugando al prohibido, como albur, un caballo y una sota; y Gil, un jugador de mucha nota, — ¡Soy caballo!..., gritaba decidido.

La baraja volvió con mano incierta el banquero, y el público admirado, vió como resultado que *el caballo de Gil* estaba en puerta.

JOSÉ H. DE LA RUEDA



Ciriaco,

Reutlinger.



Liane de Vries.

Reutlinger.

Las mujeres

PARTE PRIMERA

I

SALA.—DOÑA GERTRUDIS, bien conservada, cincuentona, sentada en el sofá. Entra TERESA, su hija, joven rubia, hermosísima.

DOÑA GERTRUDIS.—Acércate; dame un beso: ¿sabes que hoy cumples diecisiete años?

TERESA.—¡Mamá!

DOÑA GERTRUDIS.—Siéntate (acariciándola, ju-



Soy paje para servirles.. digo, nó ¿qué más quisieran ustedes?

gando con su cabellera rubia). Veamos ¿No has pensado en que ya eres toda una mujer?

TERESA.—¡Mamá, por Dios!

DOÑA GERTRUDIS.—¡Qué guapa eres, hija mía! Más mona que yo á tu edad: eso sí, yo era más viva, más avispada, más... ¿por qué no decirlo? más coqueta. La coquetería no es siempre vicio en la mujer: hay ocasiones en que es gracia adorable.

TERESA.—Tú ibas á todas las fiestas: tenías trato, sociedad. Yo no salgo de casa, si no es con mi padre, que sólo se reúne con viejos, ó para ir á la iglesia contigo, y rara vez al teatro.

DOÑA GERTRUDIS.—Sí, verdad: la culpa la tiene mi marido, que se ha empeñado en darte una educación severa. ¿Qué saben los hombres de estas cosas? En fin, eso ya no tiene remedio. Dime ¿no has pensado alguna vez en que llegará un día, triste para mí, en que el amor te aparte de esta casa y te arroje en otros brazos que los míos?

TERESA.—¡Mamá!

DOÑA GERTRUDIS.—¡Pobre niña! Por este lado sí que es positivo el sistema de educación defendido por su padre. Bueno, pues no me parece oportuno mantenerte en tan santa ignorancia. Debes fijarte hija, mía, en los hombres que pululan á tu alrededor... en el marqués de Nirche, por ejemplo.

TERESA.—¡Mamá! Yo no me casaré nunca.

DOÑA GERTRUDIS.—¿Eh?

TERESA (besando á su madre).—Quiero decir... soy demasiado joven. No me gusta el marqués. Tiene unos bigotes muy largos, de pelo áspero, los labios cortados, descoloridos: ¡figúrate lo que será un beso suyo.

DOÑA GERTRUDIS.—¡Hija! Bueno, véte; ya trataremos más adelante esta cuestión. (TERESA se retira).

DOÑA GERTRUDIS (levantándose y mirándose al espejo).—¡Qué inocente! La verdad, es demasiado niña aún; una mocosa. Y yo, lo que es yo no estoy vieja. ¡Si casi podría ser novia del marqués! Aguardaremos un año más.

II

JARDÍN DE LA CASA.—Muchos árboles frutales, senderos arenosos.—Invernadero.—MARTÍN, joven de veinte años, estercolando.—TERESA.

TERESA.—¡Martín! ¡Martín!

MARTÍN.—¡Hola, señorita mía! ¡Sol de media noche, lucero de la mañana! ¡Amor mío!

TERESA (sentándose en un banco rústico).—¡Ay, déjame respirar!

MARTÍN.—¿Qué tienes? ¡Qué descolorida y ojorosa estás! Sin duda, has llorado.

TERESA.—Figúrate, Martín ¡querían casarme!

MARTÍN.—¿Conmigo? Digo: nó, ¡qué bruto soy! ¿Quién se acuerda de este pobre jardinero?

TERESA.—¡Y tú me quieres mucho, verdad!

MARTÍN (sonriendo).—Te quiero, te quiero... ¡y si pecado no fuese más que á la virgen del Carmen!

TERESA.—Nó, nó;—ya lo he dicho, terminantemente. Como no querrán casarme contigo, no me casaré nunca.

PARTE SEGUNDA

I

ALCOBA DE TERESA.—Muchos cachivaches; alfombra de verano; decoración azul.—DOÑA GERTRUDIS sorprende á su hija á medio vestir.—Han transcurrido quince meses.

DOÑA GERTRUDIS.—Pero hija mía: sé razonable; tú no te encuentras bien, y es necesario que te examine el médico.

TERESA (*apretándose el corsé*).—Ya me ha visto.

DOÑA GERTRUDIS.—Don Froilán insiste en que necesita reconocerte.

TERESA.—¡Cosas de viejos!

DOÑA GERTRUDIS.—Nó, hija, nó: este médico es un señor respetable, serio, entendido. Te ha visto nacer. Es como de la familia. Conoce tu constitución, tu naturaleza, tu temperamento.

TERESA.—Razón de más. No necesita verme desnuda.

DOÑA GERTRUDIS (*maliciosamente*).—Puede que nó. ¿Sabes lo que dice? Que te aprietas demasiado la cintura y por eso te encuentras mal, que estás cometiendo un crimen.

TERESA se arroja sollozando en brazos de su madre. A su oído, en voz baja, casi de rodillas, murmura una larga y dolorosa confesión.

DOÑA GERTRUDIS (*interrumpiéndola*).—¿Cómo? ¿Agustín? ¿el jardinero? ¡Desgraciada!

II

DESPACHO. DON ENRIQUE LÓPEZ, banquero, AGUSTÍN.

DON ENRIQUE.—De manera que como toda reconvencción ahora es inútil, y yo siendo hombre práctico no gusto de perder el tiempo, ya sabes: Viaje pagado, representación de la casa en Norte América, y el diez por ciento en todos los negocios. Si no quieres trabajar, páseate.

AGUSTÍN.—Amo á su hija de usted.

DON ENRIQUE.—Estúpido. Mi hija no es para tí.

AGUSTÍN.—Su hija es honrada, es buena; no puede ser para otro; lleva en sus entrañas un hijo mío.

DON ENRIQUE.—¡Bah! La mandaremos á París, á Suiza, á Australia; afortunadamente, sólo el médico conoce su estado. Tú te callarás por la cuenta que te tiene.

AGUSTÍN.—¿Así, pues, está condenado mi hijo á vivir sin el amor y los cuidados de sus padres?

DON ENRIQUE.—Nada le faltará.

AGUSTÍN.—Es usted un canalla, un miserable...

PARTE TERCERA

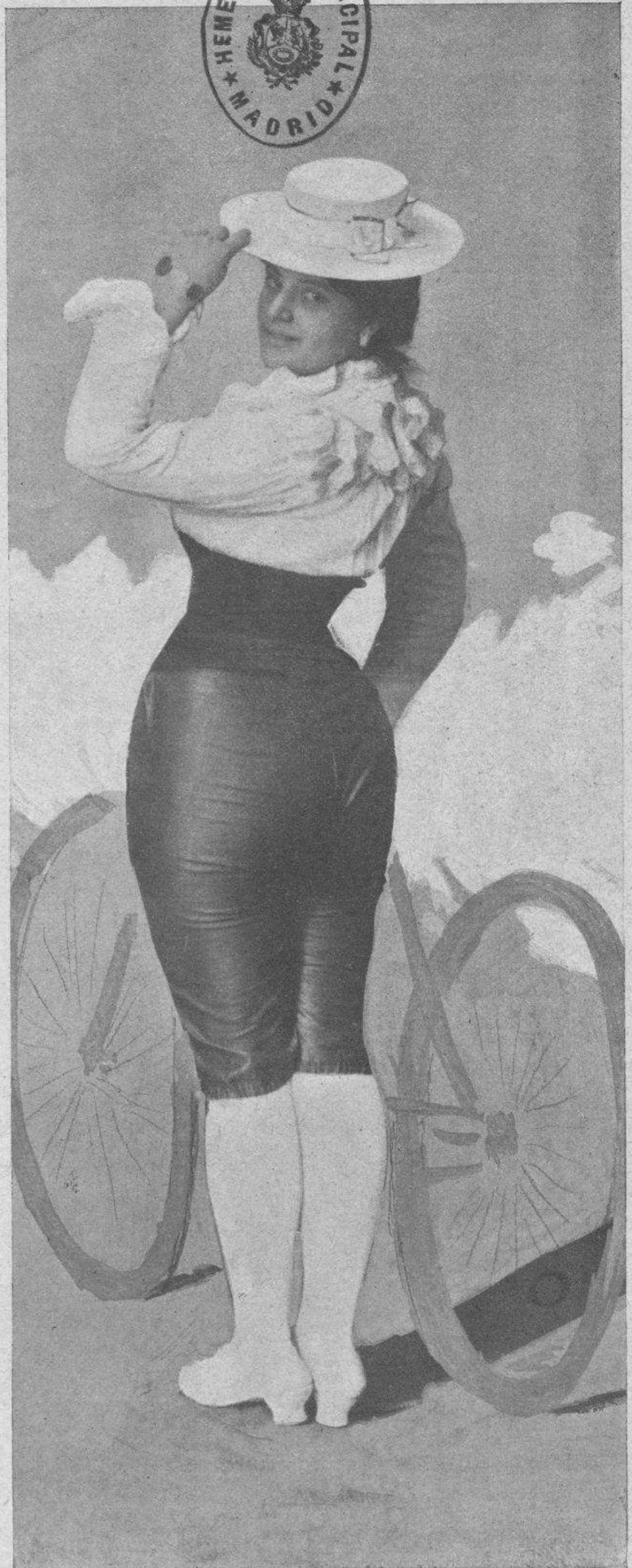
Han pasado diez años. — Palco de un teatro. En primer término, TERESA y AGUSTÍN, éste convertido en señor, trajeado ricamente. Detrás el esposo de aquella disputa acerca del tema político del día: un discurso violentísimo de Romero Robledo.

AGUSTÍN (*en voz baja*).—Vengo por tí. Ya sabes que rehusé los ofrecimientos de tu padre; no podía, no sabía yo vender mi conciencia; pero me he enriquecido con mi trabajo; he luchado para tí, para nuestro hijo, ¡si vieras qué hermoso está!

TERESA.—Angelito, deseo verle; pero... ya ves, es imposible realizar lo que propones... Mi marido... las conveniencias sociales.

AGUSTÍN.—¿Las mentiras sociales? ¡Qué importa! Allá detrás del oceano hay un mundo nuevo; tú no quieres á ese hombre. Constituiremos una familia, te educaré, te levantaré del polvo que mancha á la mujer prostituída por esta sociedad hipócrita.

TERESA (*sonriendo maliciosamente*).



Yo he salido torera, y me asegura un porvenir brillante mi figura.

LA SAETA

—Hijito, y como te han volado aquellos aires. ¡Qué tontos son los hombres en América! ¿Para qué abandonar estas comodidades, estos goces, este vivir tranquilo? Créeme, no te vayas, aquí puedo ser tan tuya, como allí.

AGUSTÍN.—¿Y tu marido?
TERESA (*desdeñosa*).—¡Bah!
AGUSTÍN (*indignado y poniéndose de pie*).— ¡Cómo te pareces á tu padre!

GUILLERMINA STOCK



¡Qué perezosa vida
se pasa una mujer así tendida,
sobre todo si tiene entre otros dones
el don de sacudirse á los moscones!

Flaquezas de la vida

La primera vez que la vi experimenté extraño sentimiento de respetuosa simpatía: una mujer de veintiocho años, hermosa y desgraciada la inspira siempre. Me refirió sus penas con voz suave y sonora, á la vez, y su interesante relación llegó á mi oído como canto de amor ardiente y apasionado.

Ella y él habían nacido para comprenderse y amarse; para vivir eternamente juntos prodigándose las caricias á montones, sin sentir jamás el hastío de la posesión mútua continuada... Había sido muy feliz, mucho, como yo no podía figurarme, porque los dos juntos fueron la realización del eterno poema de *dos corazones que laten al unísono, y de dos almas que tienen las mismas infinitas aspiraciones.*

Y... ahora (aquí la voz de Enriqueta empezaba á temblar y acababa por ahogarse

en sollozos que me llegaron á conmover.) El lazo se había roto fatalmente, el misterioso *hilo de la vida*, había sido cortado por la *mano brutal del destino*. Había quedado sola, completamente sola... ¡Yo no sabía lo amargo que era aquello! ¡No tener á quien volver los ojos; llorar, sin que vinieran á enjugar sus lágrimas; morir de pena, sin recibir un consuelo!... ¡Oh! ¡Qué vida tan terrible! ¡Qué dolor tan profundo! ¡Qué desconsuelo tan grande! ¡Vivir sin él! ¡No escuchar su voz, ni recibir sus caricias!... Sentía ella la frialdad del sepulcro en su angustiado corazón, y aquella frialdad llegaría á matarla. Menos mal que la muerte próxima era un consuelo grande, muy grande; porque Dios no podía consentir que permanecieran separados por mucho tiempo *dos corazones que habían latido al unísono*, etc., etc.

Confieso que me encantó Enriqueta por aquel amor profundo. Sus vestidos negros; el largo manto de riguroso luto hacían de ella una dolorosa adorable, y, desde luego... le ofrecí mi amistad. Tener un amigo cuando la desgracia nos agobia, es inestimable consuelo.

El dolor grande, inmenso, inacabable de Enriqueta, pareció irse durmiendo poco á poco: salieron á sus mejillas los colores; su boca, graciosa y sensual, empezó á reír, y los hoyitos de su cara parecían hechos á propósito para enterrar penas. Decidió un día *aliviar* el luto, y se quitó el largo manto, substituyéndole por preciosa gorrita negra con adornos violeta.

Y á los tres meses, sin que yo sepa explicarme cómo, cayó un día en mis brazos y me besó mimosa y me acarició con ternura.

—¡Qué fácilmente se equivoca una en el mundo! Creía que *aquello* iba á ser eterno, pero... ¿á qué hablar de ello? Yo era ahora el adorado, nuestros *corazones latían al unísono*; nos habíamos comprendido; se confundían nuestras almas en las mismas, *infinitas aspiraciones*. ¡Qué tonta fué en sufrir entonces! Yo, yo era el único hombre, que había hecho latir su corazón con fuerza extraordinaria; lo demás había sido ilusión pasajera.



— Oiga usted, señor. — ¿Quiere usted mi capa? — Cabemos los dos.

LA SAETA

Tuve un disgusto en el periódico, y por cuestión de dignidad ó de amor propio, salí de la redacción en que trabajaba y me quedé con la noche y el día, patrimonio único de los bohemios.

Enriqueta no esperó á que la *cosa* se pusiera peor. Cuando vió que me esperaban un par de meses sin trabajo, huyó de mi casa un día, y se fué á vivir con su *verdadero* amor, con un viejo que tenía mucho dinero.

Por supuesto, que no me apuré gran cosa porque sabía que el viejo y Enriqueta habían nacido el uno para el otro, y que sus corazones debían *latir al unísono*...

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



—Que me den el mando de un regimiento de transvalianas, y se verá en qué quedan los bríos y la pujanza de los ingleses.



Universidad feminista del siglo xx.—¡Y que no serán tunas las que correremos las bachilleras!

Oratoria moderna

Nuestros lectores no ignorarán que entre los mormones predicán también las mujeres, y para que por el hilo se pueda sacar el ovillo de su oratoria, he aquí parte del sermón de una kuáquera;

Hermanos míos: tres cosas hay que no me sé explicar. La primera es que sean tan tontos los muchachos, que tiren piedras á los árboles para cojer la fruta, cuando si la dejasen, ella misma

se caería á las manos. La segunda, que sean los hombres tan malvados, que vayan á la guerra á matarse unos á otros, cuando por sí solos han de morir; y la tercera y última, y la que más me confunde es, que sean tan bobos los jóvenes, que vayan á buscar á las muchachas, cuando si se estuviesen quietos en sus casas, ellas irían á buscarlos.



— ¡Si serán pícaros! ¡ Mira que nos dicen unas cosas...



Cañitas

I

Si dudas de su cariño
que él te convenza, mujer,
¡que no hay nada como el agua
si quieres calmar la sed...!

II

Me están matando de celos
las cuerdas de tu guitarra,
pues parece que se *alegran*
cuando empiezas á tocarlas.

III

Si quieres vivir feliz,
ten presente este cantar:
¡Que te crea tu mujer
superior á los demás...!

IV

Con las mujeres sucede
lo que pasa con el vino,
que según tiene la *madre*
resulta el sabor distinto...

V

Porque ven que nos queremos
ya dicen que nos casamos,
¡y á lo mejor sale el sol
y vá y lo eclipsa un nublado!

J. ENRIQUE DOTRES

No dudes que te querrá...
que no hay nada más hermoso
que tu modo de mirar..

MISCELANEA

Hemos visto con gusto la reaparición del MADRID CÓMICO; con tanto gusto como lamentamos y sentimos su eclipse, que tuvimos por cierto, sin ser profetas, al enterarnos de su cambio de personal.

Saludamos al colega y le deseamos toda suerte de prosperidades en su nueva campaña.

Decía un zapatero á un sastre:
—¿Sabes por qué chillan tanto las botas á ese caballero?

—¿Por qué?
—Porque aun no me las ha pagado.
— Hombre, esa no debe ser buena prueba, porque en tal caso, también chillaría la levita.

Un zapatero que asistía al bautizo de uno de sus hijos, dijo muy amostazado cuando oyó decir al padrino, *bolo*:

—¡A ver si no ponen ustedes motes al chico!

Un aragonés leyó que en cierto circo taurino, dos orejas concedieron á un matador de novillos: y como le preguntara otro baturro al oírlo
—Maño ¿y *pá* que las querrá? — él al punto así le dijo:
—¡*Pá* qué las ha de querer!
¡*Pá* tener mejor oído!

Un alcalde de barrio, tratando de adular á un concejal:

—Usted tiene mucho talento y llegará pronto á ministro.
—Nó, hombre; no tengo méritos para ello.
—¿Cómo que nó? Otros más brutos que usted lo han sido.

CHARADA

Fué el santo del *dos doblado* de una visita de casa, y ¡claro! me convidó á la gran fiesta onomástica, que celebran como siempre con la mayor algazara, en unión de un *prima tres* que toca bien la guitarra, y de cuatro señoritas que parecen cuatro lámparas, á las que les falta aceite por mor de la... Bueno, basta. Yo regalé un *prima doble*, pues no me sobra la plata.
—Cuando entré en el comedor, me recibieron con palmas y el *prima tres*, cariñoso, me obsequió con una *lata* que dijo él, eran *motivos* de la célebre *Traviata*. Luego vi un *Todo* metido en una jaula de tablas, regalo según dijeron de un albéitar, que en la casa, por no sé qué, cierta cura tiene franqueza sobrada... y se empeñaron las *niñas* en que yo les recitara el nombre de los poetas que no creen sus obras magnas.. Como yo no contesté,

se enfadaron las muchachas y la mayor, ¡pataplúm! me atizó con la guitarra un trompazo, que ¡señores! ríanse de manos blancas...

¡Y la charada ha finido,
perdonad sus muchas faltas!...

MORENO

Triple acróstico

*	●		*	●		*	●
*	●	●	*	●	●	*	●
*	●		*	●		*	●
*	●	●	*	●		*	●
*	●	●	*	●		*	●
*	●	●	*	●	●	*	●
*	●		*	●	●	*	●

1.º, producto vegetal; 2.º, nombre de varón; 3.º, capital francesa; 4.º y 5.º, infinitivos; 6.º, término episcopal y 7.º, nombre de varón. Las estre- llas tres nombres de mujer.

FRAY CABRIOLA.

Charadas eléctricas

1.ª	1.ª	letra	2.ª	letra	<i>Todo</i> .	—Mancha cutánea.
2.ª	1.ª	íd.	2.ª	íd.	íd.	—Animal.
3.ª	1.ª	íd.	2.ª	íd.	íd.	—Decena.
4.ª	1.ª	íd.	2.ª	íd.	íd.	—Nombre familiar.
5.ª	1.ª	íd.	2.ª	íd.	íd.	—Verbo.
6.ª	1.ª	íd.	2.ª	íd.	íd.	— íd.
7.ª	1.ª	íd.	2.ª	íd.	íd.	— íd.
8.ª	1.ª	íd.	2.ª	íd.	íd.	— íd.
9.ª	1.ª	íd.	2.ª	íd.	íd.	—En los seminarios.
10.ª	1.ª	íd.	2.ª	íd.	íd.	—En contabilidad.
11.ª	1.ª	íd.	2.ª	íd.	íd.	—Astilla resinosa.

IGNACIO CANAS.

Tarjeta

A Elisa Bueno
Tudela.

Combinar estas letras de modo que resulte el título de una zarzuela.

JUAN CANO DE SOLA.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Charada.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Sinsabores.

TRIÁNGULOS. —

	P
	CA
	CAL
	COLA
	CALAF
PALAF	FRUGELL
	URANO
	GANE
	ENE
	LO
	L

CASTILLO NUMÉRICO. — Castillejo.

AFORISMO MILITAR. — Ni lámpara friegues
ni con cabo juegues.

Correspondencia

S. M. U. — Buena la ha hecho usted mandándole este *soneto* flamenco á la novia:

«Tu padre quiere
que no te quiera;
pero yo te quiero niña
aunque se oponga la humanidad entera,
pues la sentencia
es una sentencia *leonina*
que no se puede acatar en la tierra.

El padre se ha enterado y está que se lo llevan los demonios: dice que es usted muy bruto, porque no sabe interpretar la palabra leonina: «¡al menos me hubiese llamado león!»—exclama—«A mí, ningún hijo de tal me confunde con los estetas, y en cuanto le pille, le probaré que tengo bien marcado el sexo, que soy muy hombre.» Yo he hecho todo lo posible para demostrarle que por lo único que, merece usted catorce años y un día de presidio, con accesorias y costas, es por escribir versos, pero no le he podido convencer: así es que debe usted, joven, contarse con los difuntos y reclamar los auxilios espirituales de la parroquia más á mano.

Y. C. — Todo menos el *Salto*. Hay que ser modestos...

J. J. G. R. — Utilizaré un *Retazo* y la charada.

Don Gervasio. — Alguno aprovecharé. Agradecemos el recuerdo.

Lesmes. — Á eso le falta algo,
lo que á una galga
para ser galgo...

N. D. O. — ¡Caramba, qué letral! ¿No le sería á usted fácil mandarme un microscopio? Y en este caso ¿está usted conforme con abonar los gastos de un escribiente para reproducir el texto? Claro está que se expone usted á que ni aun así se publique el artículo, pero ¿y yo, que me empeñé anoche en descifrar el primer párrafo y he amanecido hoy con irritación en los ojos? Vamos á ver ¿á mí quien me indemniza?

F. F. — Irán. Procure mandar algo más original.

Don Tadeo. — No son admisibles ni *hincertavles*. Perdónese usted, Don Tadeo.

M. G. R. — Son poca cosa.

L. S. — Está bien; Corrija el cuarteto final; el consonante no debe ser forzado, porque entonces ni Dios le quita á usted el ripio; el acento y el contar las sílabas, como cuentan las varas los mozos de las tiendas, le hacen incurrir en dos ó tres concordancias vizcaínas; los poetas tienen licencias, como los curas, pero es censurable que sean licenciosos.

M. O. — ¡Fúgitel ifúgitel!

M. G. F. — Procuraré complacerle, pero no digo cuando.

S. L. de O. — Pero usted comprenderá que si no le he contestado antes es porque no llegaba su turno de usted; si fuera á despachar semanalmente la correspondencia, como si dijéramos al día, veríame obligado á doblar las páginas del periódico, y eso para mí fuera una *lata* horrible... y para el público también.

Me gusta; se publicará.

T. G. — ¿Espera usted con ansia ver su nombre en los periódicos? Bueno, espere usted sentado, y tome usted algo; una copita de azahar, un poco de bromuro,

una pócima cualquiera, en fin, que le aplaque los nervios.

D. M. — Tiene usted razón... yo no debiera permitir... pero, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, como reza el dicho.

R. J. P. — Dice usted hablando del humilde labrador:

«Y despreciando generoso
los placeres mundanales,
vive entre espesos zarzales
contento, feliz y dichoso

¿Feliz entre zarzales? No lo creo aunque me lo jure usted de rodillas. Porque se pasará el día y la noche en un ¡ay! continuo. Figúrese lo divertido que estará un labrador molestado por las zarzas, sintiendo la picazón de las espinas en la carne.

Sabio. — ¿Que sabio? Ignorante y muy ignorante, poco menos que estúpido.

N. S. M. — Anacreóntica.

Bajé al río rumoroso
á lavarme los calzoncillos...

Hombre, pásese usted por casa, y le daré mi ropa, porque estoy hasta los pelos de mi lavandera, quien sobre cobrarme caro, se queda con la mitad de las prendas que le entrego.

Gracioso. — ¿Sí, eh?

R. P. O. — Jamás se ha escrito olla con h. Se conoce que hace tiempo que no la pone usted á cocer y ha perdido hasta la costumbre de nombrarla.

T. N. N. — Buena está la cantata:

Niña gentil,
princesa de los Abrusos
los ojos se me encandilan,
cuando te veo en el surco
y voy á perder la razón...

Imposible. En todo caso lo que haría usted fuera encontrarla.

S. A. — También usted presenta signos de locura. Si quiere le recomendaré al doctor Ezquerdo.

D. F. C. — No, señor, yo no soy lavativero; pero en fin, como me gusta practicar las obras de caridad, cuando usted guste póngase en facha.

C. M. — Muchas gracias. Muy atinadas sus reflexiones, y muy bien escrita la carta. No olvidaré el consejo.

A. R. — T. M. de la X. — *Riquitruén*. — F. J. — A. de la L. — P. U. — *Soldado*. — M. T. E. — Del género tonto subido, muy subido.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.



20 cénts.

Núm. 466

MUSEUM
OF THE
STATE OF TEXAS

